843
D

PQ2227
R4
S6
1895

CAPILLA ALFONSINA

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA REGENCIA

CAPÍTULO I

El féretro del rey. — Insultos del populacho. — Los tres poderes. — Madama de Maintenón. — Los principes legítimos. — El duque de Orleáns. — Retratos del duque y de la duquesa del Maine. — Retrato del conde de Tolosa. — Retrato de Felipe II de Orleáns. — La duquesa de — Orleáns. — Infantes nacidos de este casamiento. — Bastardos del duque de Orleáns. — Vuelta á los acontecimientos de la época.

El 9 de septiembre de 1715, hacia las siete de la noche, un carro fúnebre seguido de algunos coches de duelo, salía silenciosamente de Versalles y atravesaba los bosques de Boulogne, tomaba por el llano de San Dionisio, por caminos extraviados, y entraba en la antigua basílica de Dagoberto, conduciendo un cadáver que iba á ocupar en la primera grada de los sepulcros, un sitio igual al que su predecesor, atónito sin duda de tan larga ausencia, tenía allí mismo, ya hacía setenta y tres años.

Este cadáver que á su vez había de aguardar á su

sucesor por espacio de cincuenta y nueve años, era el de Luis XIV.

¿Por qué los restos de uno de los más grandes reyes que la Francia ha tenido, siguieron aquel camino torcido? ¿Por qué iban tan desnudos de la pompa real? ¿Por qué esta caminata misteriosa á la última morada?

Es porque la majestad de la muerte, siempre la más poderosa de todas las majestades, era esta vez tan insuficiente como la majestad del rango, para proteger á Luis XIV del ultraje.

En efecto, cuando la noticia de la muerte del rey corrió por los alrededores de Versalles, París se conmovió de júbilo, como si hubiera roto las cadenas de una larga esclavitud; el pueblo por tanto tiempo desgraciado, oprimido, arruinado, despreciado, casi aborrecido, palmoteó, bailó, cantó, encendió fogatas por la ciudad; de manera que el teniente de policía M. de Argensón, que había hecho inútiles esfuerzos para oponerse á este torrente de impiedades, declaró que de nada respondía, si el cortejo fúnebre atravesaba por París.

Véase aquí, por qué el acompañamiento, tomaba en su carrera nocturna y misteriosa, el camino que hemos indicado.

Pero el pueblo nada perdió: ansioso de novedades, porque desde tan largo tiempo no había tenido más que las de las procesiones religiosas, juró que ésta no se le escaparía, y como San Dionisio era el término al que inevitablemente había de llegar el cadáver real, ignorante del día en que Luis XIV bajaría á su última morada, principió desde el 6 de septiembre á pasar las veladas en el llano que separa á París del panteón de sus reyes.

A eso de las diez llegó la comitiva. ¡Cosa extraña! Ni un solo príncipe de sangre real, ni legitimado, ni siquiera uno de los pares creados por este mismo rey, ni un solo cortesano que de generación en generación se relevaban en las antecámaras de Versalles para esperar la hora de levantarse, ni siquiera uno de esos hombres acompañaban á este cadáver aislado, que más bien que á una sepultura real, parecía que lo arrastraban para exponerlo en cualquiera sitio desconocido.

Solamente el duque, joven de veinte y tres años, nieto del gran Condé, acompañaba al cuerpo.

¿Sería por piedad? ¿Sería para asegurarse de que la bóveda fúnebre quedaba bien cerrada?

El pueblo que también llenaba todo aquel camino, y que como á manera de un campo de feria ó de una plaza de mercado, tenía sus hosterías, sus juegos y danzantes, ese mismo pueblo que á la vista de cierta pompa, ó igualmente de un dolor profundo y sincero, se hubiera tal vez contenido; al ver aquel aislamiento, comprendió que se le abandonaba el cadáver para que hiciera de él lo que quisiese, y se vengara de la opresión con el insulto.

Á las puertas de San Dionisio, la muchedumbre que durante todo el camino había acompañado á la comitiva, se aumentó mucho más; querían desbaratar el carro fúnebre, hacer pedazos el féretro y el cadáver: la tropa se vió obligada á intervenir. Un hombre sacó la cabeza por uno de los coches de la comitiva y gritó: «yo no creía que fuese el carnaval en septiembre,» otro empujó á dos parisienses borrachos que rodaron hasta un foso lleno de fango y se alejó diciendo: «escuerzos, esto os enseñará á cantar cuando el sol se pone.»

En efecto, el gentío cantaba y eran alegres villancicos, epigramas contra el rey, y amenazas á los jesuítas.

Cantaba también, haciendo alusión al *corazón del rey*, que se llevó á los PP. jesuítas, y á las *entrañas*, que habían sido depositadas en la iglesia de Nuestra Señora.

« Pretendéis, tropa sagrada,
El corazón de los reyes,
Cual de un ciervo acorralado
Se dá el resto á los lebreles »

Y cuidado, que cuando el pueblo canta de semejante modo, en mucho se asemejan sus sonidos á los rugidos del león.

Al entrar el cadáver en la basílica, no se escapó de los insultos de aquellos miserables.

Al día siguiente se leía en las paredes de la iglesia:

« En Versalles igual que en San Dionisio,
Sin corazón ni entrañas es el mismo. »

Las efigies del rey, tampoco estaban libres de igual proscripción; las estatuas de piedra mármol quedaron mutiladas; á la estatua de bronce de la plaza de las Victorias que no podían mellar ni los dientes, ni las uñas, la pusieron esta inscripción:

« Tirano fué de voluntad de bronce. »

Las saturnales duraron hasta el día siguiente por la mañana.

Dejemos al pueblo aullar sus imprecaciones contra el monarca, ó más bien contra la monarquía, y vamos á ver lo que Luis XIV dejaba en pos de sí.

Tres poderes bien distintos, de los cuales dos estaban íntimamente unidos.

Estos tres poderes eran:

Mad. de Maintenón, que de querida, pasó á ser mujer de Luis XIV, como llevamos dicho.

Los señores de Maine y de Tolosa, que de bastardos adulterinos llegaron á ser príncipes legítimos.

Y el duque de Orleáns heredero legítimo del trono, en caso de extinción de la rama primogénita, representada por el joven Luis XV bisnieto de Luis XIV, hijo segundo del duque de Borgoña, nacido en Fontainebleau el 15 de febrero de 1710, y último vástago de esta rica descendencia, que el rey horripilado, había visto desaparecer de entre las garras de la muerte.

Los dos poderes aliados y con un mismo objeto, eran Mad. de Maintenón y los príncipes legítimos.

Dicho objeto era, el de poner todos los asuntos del estado en manos de M. de Maine, á fin de que Mad. de Maintenón continuase ejerciendo, bajo la regencia de su educando favorito, la influencia que Luis XIV le había dejado tomar en los negocios políticos y religiosos, durante los últimos años de su reinado.

El objeto del duque de Orleáns, era por el contrario, sostener la prerrogativa de su estirpe, reclamando con la regencia la dirección de la regia educación, y conservando, en fin, hasta el día de su mayor edad, al joven príncipe sano y salvo; responder perentoriamente á las calumnias esparcidas acerca de él por sus enemigos, en la época desastrosa de la muerte del gran delfín y de los príncipes hijos y nietos suyos.

La causa del duque de Orleáns, era igual á la de toda la nobleza de Francia, que se consideraba como insultada por los privilegios inauditos concedidos por Luis XIV á los príncipes legítimos, á quienes había dado la preferencia sobre los duques y pares, y á los

que llamaba á la sucesión del trono, siempre que se extinguiese.

Así, pues, en este caso, M. de Maine, bastardo y adulterino iba delante del duque de Orleáns, heredero legítimo en el orden de la sucesión ordinaria.

Digamos algo acerca de los personajes cuyos nombres acabamos de pronunciar, indicando sus pretensiones y descubriendo sus miras.

Mad. de Maintenón

Ya hemos dicho acerca de Francisca de Aubigné en nuestra historia de Luis XIV todo lo que había que decir: la hemos acompañado en su extraño destino desde su nacimiento, en las prisiones de Niort el 27 de noviembre de 1635, hasta su salida de Versalles, y su entrada en Saint-Cyr, el 30 de agosto de 1715. Todo lo que pudiéramos añadir ahora, sería una repetición.

El duque de Maine

Hemos contado como el duque de Maine, que nació el 31 de marzo de 1679, denominado Borbón, lo mismo que su hermano en 1673; revestido de la primera dignidad después de los príncipes de sangre real, en 1694, y llamado por último á suceder en el trono por falta de príncipe de la dinastía en 1714, había completamente abandonado el partido de su madre para unirse al de su rival Mad. de Maintenón.

No debe extrañarse esta ingratitud, el duque de Maine no poseía ninguna virtud, estando dispuesto á sacrificar á su interés, hasta la misma apariencia de las cualidades que fingía tener.

En ese gran pintor del siglo XVIII, Saint-Simón, es donde debe verse el retrato del duque de Maine.

Este personaje tenía talento, no el de un ángel, sino más bien el de un demonio; á quien tanto se parecía en maldades y perversidad de corazón, en no servir á nadie y hacer el mal posible, en su excesivo orgullo y refinada falsedad, y en una palabra, en un sinnúmero de artificios, simulaciones sin término, y también en el agrado, en el arte de divertir y embelesar cuando quería. Era un perfecto perezoso de corazón y de alma, y á fuerza de serlo, se convertía en el cobarde más peligroso, mientras que podía, por bajo de cuerda, entregarse á los más terribles extremos, para guardarse de lo que había de temer; entonces se doblegaba á las bajezas más rastreras, hasta que como la serpiente, se erguía para morder ó para ahogar.

Se había casado el 19 de marzo de 1692, con Ana Luisa Benedicta de Borbón, nieta del gran Condé.

Cualquiera otra mujer hubiera podido acaso contener este carácter peligroso; pero la orgullosa princesa, se propuso por el contrario, aumentar la ambición de su marido. Con tanto talento, al menos, como el duque, Luisa de Borbón se portaba de distinto modo. Tenía mucho valor, era emprendedora, audaz, furiosa, no conocía más que las pasiones presentes, se indignaba sin cesar por las medidas ocultas de su marido, que llamaba *miserias y debilidades*, reprochándole el honor que le había hecho, y á fuerza de energía lo convertía en un hombre obediente delante de ella, acosándole y esperando sin cesar comunicar su voluntad á aquella pobre y miserable organización.

Físicamente, M. de Maine tenía la figura agradable, era de mediana estatura, y bien formado, pero cojeaba de resultas de una caída que dió en su niñez.

Mad. de Maine estaba lejos de ser hermosa, sin

embargo, su talento daba cierto aire atractivo á su cara, pero era tan pequeña que la llamaban la enana. Apenas llegaba á la altura de cuatro pies.

El conde de Tolosa

El conde de Tolosa, al contrario de su hermano, era el honor mismo, la virtud, la equidad personificada. Daba una acogida tan benévola como se lo permitía su carácter glacial. Tenía valor y un verdadero deseo de ser útil al rey ó á la Francia; pero por la buena senda y por medios honrosos. Aunque sin mucho talento, su recto juicio, reemplazaba ese numen que había heredado de su hermano mayor, y que se llamaba el talento de Morte-Mart. Muy aplicado, por otra parte, en aprender la marina y el comercio, dos cosas que entendía muy bien.

Esta diferencia en los caracteres que granjeaba al uno las enemistades y al otro las simpatías de todo el mundo, enfriaba á los dos hermanos. M. de Tolosa, prudente, silencioso y comedido, desaprobaba altamente á su hermana política cada locura nueva que cometía, siendo muy frecuentes los motivos de desaprobación; por su parte Mad. de Maine, se desesperaba al ver que nada podía conseguir del conde de Tolosa, y su continua irritación tenía por objeto obstinado, cambiar la frialdad de los dos hermanos en una contienda abierta y definitiva.

Estaba casado con Mad. María de Noailles, de quien la historia se ha ocupado muy poco, y nosotros tampoco lo haremos más que la historia.

Á este partido de los príncipes legítimos, se ligaban naturalmente los otros hijos bastardos de Luis XIV, decir, la primera: Mlle. de Blois, casada con el prín-

cipe de Conti, que murió en 1685 y á la que llamaban la Princesa Viuda.

Mad. de Nantes, casada con el duque de Borbón, y á la que denominaban la Duquesa.

Y Mad. de Blois, casada con el duque de Orleáns, que fué después el Regente.

Felipe de Orleáns

Felipe II, duque de Orleáns, nació en Saint-Cloud el 4 de agosto de 1674.

Su madre Carlota Elisabet de Baviera, conocida con el nombre de Princesa Palatina, decía hablando de él:

— Las hadas estuvieron convidadas á mi alumbramiento, y como cada una de ellas dotó á mi hijo con una gracia, las tuvo todas. Desgraciadamente se olvidaron de convidar á otra que después de las demás dijo:

— Tendrá todos los dones, excepto el de hacer buen uso de ellos.

Á la edad de cuarenta y un años, en el momento en que abrimos este nuevo período de la historia de Francia, el duque de Orleáns era de una figura agradable, aunque tostada por el sol de Italia y de España; de una fisonomía atractiva, á pesar de sus ojos bizcos; tenía una estatura mediana, y sin embargo, aunque grueso, era ágil.

Montaba bien á caballo, esgrimía las armas y bailaba medianamente. Á pesar de esto se veía en su fisonomía y en todas las maneras de su persona, una gracia infinita, y tan natural, que se reparaba en sus menores acciones; era accesible y franco, tenía la voz agradable, el acento persuasivo, y el don de la palabra

particular, que le daba una elegancia de expresión que sorprendía siempre; sus respuestas eran prontas, justas y alegres. Sus primeros conceptos seguros, sólo la reflexión los hacía indecisos. Sus argumentos eran tan lúcidos, que demostraba con claridad las cosas más abstractas de la ciencia, de la política del gobierno y de la hacienda; todas las artes le eran familiares, era buen pintor, buen músico, excelente químico, hábil mecánico. Al oirle hablar se le creía con una vasta instrucción, equivocándose el que tal juzgara porque no tenía más que una excelente memoria. Había heredado *en grande*, como dice Saint-Simón, de su padre el valor de sus antepasados, y con suma prudencia, era escrupuloso acerca del valor de los demás. Modesto y silencioso con respecto á sí mismo contaba los hechos en que había tenido la mayor parte, y en que había corrido los mayores peligros, dando con equidad á los demás todas sus alabanzas.

Hubiera sido un excelente general si el rey no hubiera tenido celos de él, como los tenía de su padre. Su debilidad consistía en que tanto en cuerpo como en espíritu y en carácter se parecía á Enrique IV. Ya hemos dicho que era valiente, alegre y espiritual, y aun más, esto es, bueno, humano, compasivo. Pero como todo eran extremos en él, convirtió en vicio esta suprema virtud, llevando la clemencia hasta la debilidad, y el perdón de las injurias hasta la indiferencia. Como sofista, sostenía algunas veces las paradojas más extrañas diciendo que el hombre más de bien era aquel que tenía el arte de ocultar que no lo era; por lo demás, irreligioso, ardiente para el placer, llevando la independencia hasta el cinismo, exagerando sus defectos sin tomarse el trabajo de realzar sus buenas cualidades, y pintándose de un solo rasgo por estas

palabras de Luis XIV: « Mi sobrino es un fanfarrón de los vicios. »

Apenas tenía diez y siete años el duque de Orleáns, cuando el rey lo casó con la señorita de Blois, hija suya. Amaba mucho á Mad. de Borbón y se prestó á este casamiento no sin mucha repugnancia.

Le habían amenazado por su primera negativa, con que lo encerrarían en el castillo de Villers-Cotteret; y á pesar de eso se resistía: Dubois fué quien lo decidió Se sabe que en el momento en que acababa de dar su palabra al rey, la princesa Palatina, educada según las tradiciones de la aristocracia alemana, tomó esta declaración como un desaire.

Esta unión no fué dichosa; el duque de Orleáns se había casado con disgusto. La señorita de Blois también se había casado sin cariño, y creía haber honrado al duque de Orleáns siendo su esposa. Por más esfuerzos que hiciese para contenerse en este punto, se le escapaban varias indiscreciones que hubiera querido sofocar tan pronto como las había dicho y que á cada paso cometía. Saint-Simón decía de ella, que quería parecer hija de Francia *hasta en lo más insignificante*.

La duquesa de Orleáns era alta, pero sin majestad; su garganta, los ojos y los brazos admirables; la boca bastante buena, hermosas dientes, aunque un poco largos; las mejillas demasiado prolongadas que acicalaba con mucho cuidado; afeándola el lugar de las cejas, pues estaba desnudo y colorado con muy poco vello, aunque tuviese hermosos párpados y buen cabello castaño; su cabeza estaba trémula como la de una anciana, lo que provenía de las viruelas; sin ser jorobada ni contrahecha, tenía no obstante un lado más grueso que el otro; era horriblemente perezosa,

permaneciendo todo lo más que podía ya en la cama ó en una silla grande, comiendo por lo regular siempre recostada, y sin otros convidados en lo general que Luisa Adelaida de dama, Thiange, duquesa de Sforce, sobrina de Mad. de Montespán, y por consecuencia su prima hermana.

Había comenzado á dar ciertos motivos de queja á su marido, mirando con bastante interés al caballero de Roye, que fué después el marqués de la Rochefoucault, lo que no fué obstáculo para que dejara de requerir al duque de Orleáns por todas las infidelidades que le hizo en cambio de las que ella había tenido intención de hacerle, y esto no por celos, sino por despecho de no ser adorada y servida por él como una divinidad. Por lo demás nunca dió un paso para agradar á su marido, ni usó de una atención para atraerle, jamás puso de su parte para evitar lo que le era desagradable; nada de buen recibimiento, ni de prevenir sus deseos, nada en fin de esa graciosa y familiar libertad de una mujer que vive bien con su marido; recibiéndole siempre con frialdad y con una especie de desdeñosa superioridad. Así hablando de ella, la llamaba él muchas veces Mad. Lucifer, nombre que la sentaba bien y que no la disgustaba.

De este enlace extraño y mal unido nacieron siete hijos, uno varón y seis hembras.

El varón era Luis de Orleáns.

Las seis hembras eran la primogénita María Luisa, que se había casado con el duque de Berry, y que hacía tres años estaba viuda.

La segunda, Luisa Adelaida de Chartres, que había de ser abadesa de Chelles.

La tercera, Carlota Aglae de Valois, que se había de casar con el duque de Módena.

La cuarta, Luisa Elisabet de Montpensier, que había de casarse con don Luis, príncipe de Asturias.

La quinta, Filipina Elisabet Carlota, condesa de Beaujolais; desposada en 1721 con el hijo segundo del rey de España.

Finalmente, la sexta Luisa Diana, que se había de casar con el príncipe de Conti.

Había además tres bastardos, dos hijos y una hija

Solo uno fué legítimo, y se llamó el caballero de Orleáns, fué general de las galeras y gran prior de Francia; era hijo de la señorita de Sery, que fué después condesa de Argentón.

Los otros dos eran el uno cura de Saint-Albin, hijo de la Florentina, bailarina de la Ópera.

La otra, hija de la señorita Desmarets, actriz de la Comedia francesa.

El duque de Orleáns que no creía en su paternidad sino con respecto al caballero de Orleáns, lo reconoció también.

El cuanto á los otros dos no quiso oir una palabra á pesar de sus instancias; decía que le parecían muy *arlequines*.

Ahora que están ya clasificados nuestros principales actores, levantemos el telón y veámoslos hacer cada uno su papel en esta gran comedia que se llama *La Regencia*.